
CAPITULO LXX.

LA LEY DE ARMAMENTO EN FRANCIA Y LA ACTITUD POLÍTICA DE ITALIA.

Mientras la libre Inglaterra cumplía esta revolución pacífica que acabamos de admirar, y agitaba todas las ideas, la esclava Francia se armaba hasta los dientes y se apercibía, á pesar de su grande y radical debilidad, á una guerra cruentísima.

Síntoma de guerra y también de debilidad era en este tiempo la cuestión del armamento nacional. Francia es nación militar, esencialmente militar; pero la carrera de soldado es tan desagradable como en todas partes; pero el día de la quinta es un día tan nefasto como en todas partes; pero el número alto es tan deseado entre los jóvenes de Francia como entre los jóvenes de todo el mundo. Véase entonces amenazar la guerra y el instinto de conservación se revelaba contra aquellas innovaciones que amenazaban llevar al matadero á toda la juventud francesa, no por defender sus propios derechos sino por salvar los privilegios de sus señores. El ejército debe existir para ser áncora de la paz pública, y no como quieren los déspotas, germen de la guerra.

Los intereses dinásticos serán siempre

como una pústula en que llevarán las monarquías encerrado el virus de la guerra. Y por consiguiente no podemos tener instrucción á la altura de nuestro estado social, ni escuelas suficientes á educar generaciones viriles en tanto que dispendiamos nuestro dinero en presupuestos crecidísimos y embrutezamos la flor de nuestra juventud en los cuarteles para consagrarla á la guerra. Europa siente, al acercarse los últimos días del siglo décimono, el mismo triste afán que sentía al acercarse el fin del siglo décimo-octavo, el afán de los armamentos. Y este afán dará los mismos resultados: la ruina y la guerra universal. La nueva ley que se presentaba al Cuerpo Legislativo tenía varias tristes condiciones: 1.^a Llamaba á la juventud válida á las armas, con grave detrimento de las ciencias, de la industria, del comercio, y con grave peligro para la libertad: 2.^a aumentaba de siete que eran, á nueve, los años de servicio; 3.^a movilizaba la Guardia nacional. El resultado iba á ser que Francia tuviera un millon y doscientos mil soldados.

Pero ¡ay! mientras tanto las escuelas

todavía en mantillas; las poblaciones del campo todavía fanatizadas hasta el punto de impulsar al gobierno á defender por las armas el cadáver de la teocracia romana; gran parte de las tierras todavía sin cultivo á pesar de la inmensa poblacion; los matrimonios en descenso, los placeres de la familia en disgusto, y la sombra de la guerra abriendo sobre todas las negras alas de la muerte. Así es que esta ley afectaba tristemente á todos los ciudadanos. Por poco habituados que estuviéramos á juzgar la opinion pública, sentiais bajo vuestra mano los latidos del corazon de un pueblo cuando rechaza innovaciones, leyes, principios contrarios á sus ideas, opuestos á sus deseos.

Mr. Julio Simon defendió con grande fuerza de lógica en el Cuerpo Legislativo la verdadera ley militar de la democracia: el llamamiento de todos los ciudadanos al ejército y no como sucede ahora solo de los jóvenes. Esta es la ley militar verdadera. Yo he visto prácticamente su aplicacion en Suiza. Ninguna nacion más débil, ninguna por sus inciertos límites, por su posicion geográfica entre Francia que la ciñe por el Ródano y el Jura; Italia, que la ciñe por el Tesino y los Alpes; Alemania, que la ciñe por el Rhin y por el lago de Constanza, tres grandes naciones que cada una ejerce sobre los habitantes de los diversos cantones la atraccion poderosa del mismo origen, del mismo idioma; y sin embargo, con todos estos insuperables obstáculos ninguna nacion, ninguna tan fuerte, porque tiene en sí los principios de la democracia que le dan poderosa cohesion, y para los extremos peligros todos sus hijos armados, que, grandes ciudadanos, la salvarian de nuevo con el heroismo, con el martirio contra todos sus perseguidores, contra todos sus tiranos, aunque fuesen los más poderosos del mundo, como Grecia venció al Asia en Maraton y en Platea, por la virtud de la libertad. El ministro de la Guerra defendió la ley en un discurso muy hábil, destinado á pedir en

nombre de la paz el estado de guerra, y á pintar como un idilio la vida de cuartel. Era una manía singular la manía del gobierno francés: amontonar todos los preparativos de una guerra formidable y pretender que estaban destinados á una paz perpétua. Es como si entráramos en casa de un amigo á hacer una visita de confianza con una pistola cargada y amartillada en la mano, apuntándola á cuantos vinieran á saludarnos. Precisa no engañarse. O esos armamentos son un capricho de vanidad costosa, ó son los preparativos para una guerra cruel, como acaso no ha presenciado otra el presente siglo. Nadie creia, nadie podia creer que el gobierno francés á toda prisa armara más de un millon de hombres por el placer de dar en el Bosque de Boulogne una revista-mónstruo á Mr. Bismarck cuando le pidiera el gusto otro viaje á París. Julio Favre presentó una fundada observacion. Desde que Francia cambió el régimen republicano que á nadie amenazaba, por un régimen monárquico á cuyo frente se veia aparecer el mismo nombre de aquel guerrero afortunado cuya espada llevó á todas partes la guerra y la conquista, Francia apuró los males del régimen militar y los agravó en toda Europa. El Emperador tenia, pues, la absoluta facultad de declarar la guerra, y como tenia esta absoluta facultad, el Emperador que presidia una nacion muy guerrera, amenazaba constantemente con tal poder discrecional y omnimodo la paz del mundo. Sirva de ejemplo la guerra contra Méjico. Emilio Olivier hizo observacion no ménos justa. Se vota esta ley en medio de cóleras contra Alemania, de amenazas al Rhin, de fervorosas aspiraciones tomar la orilla izquierda, de celos por la grandeza de Prusia que ha comenzado dominando intelectualmente Alemania, y ha concluido dominándola materialmente, porque ha representado sus intereses más caros y sus tradiciones más sagradas, y sobre todo, y antes que todo, porque tiene fuerza para preservarla de las amenazas

del Imperio francés. Dígase lo que se quiera, la ley sobre armamento era una ley de guerra.

Y el Imperio que se apercibia á una guerra sin piedad, se encontraba sin aliados necesarios, indispensables en estos graves trances. Italia habia sido por él fundada para lanzarla en brazos de sus enemigos.

A la sazón, las protestas contra Francia eran más vivas en Italia todavía que en Alemania, porque la herida era tambien más reciente. El Parlamento italiano usó y abusó de la palabra. Perdió gran parte de su tiempo en recriminaciones de la derecha contra la izquierda, y de la izquierda contra la derecha. La historia del tratado de Setiembre, la historia de las negociaciones para una inteligencia con Roma, la historia de la expedicion á los Estados Pontificios, la historia de las crisis ministeriales, la historia de los largos coloquios diplomáticos con Francia, todas estas historias, por interesantes que sean, ya inútiles, se escribieron, ó mejor dicho, se hablaron de una manera sobrado difusa en la tribuna de Italia. Pero cuando llegó el instante de votar, los diputados italianos fueron los fieles representantes del pensamiento de Italia. El gobierno Menabrea presentaba una orden del dia declarando Roma capital de Italia, pero infligiendo una gran censura á la expedicion de Garibaldi. Si el Parlamento italiano votó esta orden del dia, el Parlamento italiano arrastra Italia á los piés de Francia. Censurar el Roma ó la muerte de Garibaldi, era aprobar el Jamás de Rohuer. El Parlamento italiano votó en contra de la orden del dia manifestando así que llevaba en su seno el espíritu de Italia. Presentó, pues, su dimision el ministerio y el rey la aceptó. Pero cometió la nueva anomalía de encargar á Menabrea la formacion de un nuevo ministerio. ¡Terrible alternativa aquella! Si Víctor Manuel sostenia el Parlamento, desafiaba á Francia; si Víctor Manuel disolvía el Parlamento, desafiaba á Italia. La caída del gobierno italiano era una nueva complicacion para el

gobierno francés. La política más sencilla es la política más saludable: la libertad. Las monarquías son maquiavélicas por naturaleza. Y en el fondo de su política oscura, tortuosa, hállase siempre la miseria, la ignorancia, la guerra. Esta ave de rapiña se cierne hoy sobre Europa. Caro paga este viejo y hermoso continente el abandono de la libertad.

Y el Imperio francés pagaba tambien su política, su triste política de dudas, de vacilaciones, de incertidumbre universal. Su aliado en América acababa de ser sacrificado por la implacable República de Méjico. Su aliado en Europa, Italia, se habia convertido en irreconciliable enemigo, merced á las inconsecuencias de su política. Y teniendo enfrente un enemigo tan poderoso, se quedaba solo en América, solo en Europa, solo en el mundo.

¿Y qué situacion era la situacion de Europa? No parece sino que una nueva irrupcion de bárbaros amenazaba nuestros hogares, ó que toda idea de derecho se habia perdido en nuestras conciencias. Siete millones de hombres tenia Europa sobre las armas; siete millones de hombres arrancados al cultivo del suelo, á la actividad del comercio y de la industria. Cada millon de hombres armados le cuesta al año cuatro mil millones de reales. De suerte que Europa dispendia anualmente veintiocho mil millones de reales en mantener su esterilidad y su pobreza. Convertid esos siete millones de hombres al trabajo; regad el suelo con esos veintiocho mil millones de reales, y bien pronto Europa se trasformaria en un eden. El comercio y la industria florecerian sobre sus campos empapados por el sudor del trabajo, y la corona de las artes resplandeceria sobre su frente. La facultad de produccion es de tal suerte activa, infinita, que podria hacerse una funda á la tierra con las varas de telas de algodón producidas en algunos años por la Gran Bretaña. Y cuando se piensa que para mantener una oligarquía ociosa sobre la vieja Europa, es necesario herir los sentimientos más sagrados de la fa-

milia, perturbar con las quintas las aldeas, condenar á forzoso celibato la flor de la juventud, empobrecer y arruinar el contribuyente, hollar la libertad humana en todas sus manifestaciones, no podemos dejar de preguntarnos cuántos males puede sufrir esta humanidad que toma siempre por utopía la realidad del bien, el reinado de la justicia. En Francia la ley militar es impopularísima. Con ella el Imperio hería las fibras del corazón de aquellas clases que le eran más adictas, las fibras del corazón de los campesinos. Estos veían claramente en la brutalidad de los hechos, que el primer Imperio concluyó por dejar caer Francia al pié de los cosacos; y que el segundo Imperio concluye por convertir Francia entera en un grande campamento, los ciudadanos en soldados. Así es que se notaba un vivo despertamiento político, una gran nostalgia de la libertad, esa patria del alma. En 1851, cuando Francia se entregó al Imperio, estaba cansada de una libertad que por nuestros errores, por los errores de los republicanos, errores que debemos confesar para en lo sucesivo evitarlos, se había convertido en una especie de tempestad incesante, en una especie de oligarquía mezclada con otra especie de dictadura. Con razón ha dicho un periódico inglés que jamás ningún pueblo puso tanto empeño en conquistar la libertad como puso Francia en abdicarla. Pero los errores, como los crímenes, se expían. Y la expiación de los pueblos suele á veces durar siglos enteros en la solidaridad inevitable de las generaciones. Mucho tiempo ha tardado Francia en comprender el error que cometió empezando por no usar bien de la libertad, y concluyendo por abdicarla; pero como la inteligencia francesa es tan viva, y el carácter francés tan vehemente, como esta inteligencia y este carácter tienen una tan grande necesidad de difundir, de propagar la luz de sus ideas y el calor de sus sentimientos, esperábamos con fundamento entonces que no tardaría mucho tiempo en reivindicar este pueblo

su pérdida libertad. Lo cierto es que esa cifra de sesenta diputados que se oponen á la ley del armamento militar, debió haber llamado vivamente la atención del Emperador, y mostrarle cómo entraba la marea de la oposición hasta dentro de los mismos diques, levantados para evitarla. El disgusto se manifestaba en el seno mismo de la familia de Bonaparte, que debiera ser primer apoyo de la autoridad del Imperio. El Príncipe Napoleón escribió un folleto sobre la política imperial, tan acre y de tan vivaz estilo, que los periódicos á su persona más afectos, no se atrevieron á publicarlo, por temor de atraerse las iras de las Tullerías. Los departamentos comenzaban á clamar contra la nueva contribución de sangre. Bourges, ciudad muy reaccionaria, se quejaba de las consecuencias de su política favorita. Los Bajos Pirineos mandaron una fuerte protesta á sus representantes en el Cuerpo Legislativo. Dos distritos, vencieron por una grande mayoría á los candidatos oficiales. La ciudad de Lila, que tan ardientes manifestaciones de simpatía consagrara al Emperador en uno de sus últimos viajes, consagraba á la sazón sus votos á un candidato republicano. Nadie quiere ni la paz armada que arruina, ni la guerra á toda costa que mata. Francia está ya desencantada de ejércitos innumerables y de armas de todos calibres, de aumentos territoriales que solo sirven á ensanchar el calabozo donde yace aprisionada la libertad, el cadalso donde se decapita la conciencia; y suspira por aquel inmenso influjo que le dió en el mundo su gran carácter de nación propagadora de esa idea democrática que su ardiente palabra ha impreso en las conciencias.

Pero el Imperio se empeñaba en armar á Francia para apartarla de la idea de libertad; en conducirla á los azares de la guerra para separarla de los comicios de la democracia; en deslumbrar sus ojos con el fuego de los combates para que no viese la luz de las ideas, y el último eslabón de esta serie de errores se perdía en los insondables senos del abismo.

CAPITULO LXXI.

LOS PRIMOS DEL EMPERADOR.

Celebróse en Roma, por estos años de decadencia, una ceremonia que recordaba los tiempos de la Edad Media, pero que tenía indudable trascendencia al porvenir. Tratábase nada ménos que de la investidura cardenalesca de un príncipe de la familia Bonaparte. La ceremonia fué, como son todas estas ceremonias, llena de fórmulas ridículas, enmascarada por un lujo asiático, ajena á la humildad de aquel que vivía en el desierto, y amaba más el templo del espacio, donde los seres elevan sus eternos cánticos de alabanza al Creador, que todos los templos de piedra levantados por el orgullo humano. Un alma grave no se detiene ante la carroza dorada y el caballo enjaezado, y la púrpura recamada de armiño y los cincuenta mil francos de propinas con que el nuevo cardenal saluda á sus felicitantes, á la manera que un patricio de la antigua Roma á sus parásitos y á sus clientes. Ya sabemos que quince siglos de cristianismo han sido impotentes para expulsar de Roma la antigua idea pagana, á pesar de haberla declarado muerta, los senadores

trémulos bajo la imperiosa espada de Teodosio. Pero la ceremonia de entonces significaba una cosa muy grave; significaba que acaso habían hallado los eternos intrigantes del Sacro Colegio un sucesor á Pio IX, y que acaso la familia Bonaparte pretendía sentarse á un tiempo en el trono material y en el trono espiritual más poderosos de Occidente; en el trono de Francia y en el trono de Roma. Y si en aquel día, el descendiente de Luciano Bonaparte, desde San Pedro, hubiera hecho á Napoleón III los servicios que su antecesor hizo en las Asambleas políticas á Napoleón I, podría verse de un golpe suprimida esa separación entre el poder espiritual y el poder temporal, que ha sido la obra por excelencia del Cristianismo.

El sueño de Carlo-Magno ha electrizado siempre la conciencia de los Bonapartes: un imperio con dos cabezas, en una la corona, en otra más baja la tiara, acallando todas las voces de la conciencia, reprimiendo todas las fuerzas de la libertad, para fundar en Europa, ó al ménos en la Europa latina, un solo